

*Recensión:*

## Voces tras los datos. Una mirada cualitativa a la violencia de género en adolescentes

Ruiz Repullo, C.; Instituto Andaluz de la Mujer, Consejería de Igualdad y Políticas Sociales de la Junta de Andalucía. Sevilla: 2016

Autora: **María Márquez López**

*Entidad:* Periodista especializada en Estudios de Género por la Universidad Autónoma de Madrid.

La socióloga especialista en Género Carmen Ruiz Repullo ha realizado en *Voces tras los datos. Una mirada cualitativa a la violencia de género en adolescentes*, una pormenorizada radiografía del germen de este tipo de violencia en parejas menores de edad. La base de su trabajo son 28 conversaciones con 22 chicas y 6 chicos (4 con delitos de violencia familiar y 2 con delitos de violencia de género), a través de las cuales la autora conceptualiza la “escalera cíclica” de la violencia de género (VdG), simbolismo al que llega tras confirmar los denominadores comunes que ambos colectivos comparten en aspectos como la mitología del amor romántico, la normalización del control y sometimiento de la mujer por parte del hombre, y la no identificación de la violencia hasta que esta llega a sus estadios más extremos, es decir, agresiones graves físicas y/o sexuales. Por otro lado, el valor de este trabajo se multiplica teniendo en cuenta que concluye su reflexión con recomendaciones en dos ámbitos primordiales, prevención e intervención, y con propuestas para la generación de confianza con las víctimas y con los que ejecutan este tipo de violencia, de cara a la ardua tarea de deconstruir el imaginario amoroso tóxico que les ha llevado a una situación tan lamentable.

El análisis, publicado este año por el Instituto Andaluz de la Mujer, consta de ocho capítulos. En los cuatro primeros contextualiza la VdG que se produce entre los jóvenes de nuestro país, repasa las reflexiones académicas clave para acercarse a este problema social, y se detalla la apuesta por las entrevistas en profundidad como la herramienta más adecuada para el objetivo de la investigación. La segunda parte del artículo entra de lleno en el trabajo de campo con las 22 chicas y los 6 chicos, concluyendo con las reflexiones obtenidas y diversas indicaciones para mejorar la prevención y detección de casos.

Carmen Ruiz Repullo resalta en la **justificación** la necesidad de contar con “elementos que escapan a los porcentajes” de la VdG entre menores, es decir, de acercarse al relato en primera persona. Para ello, recluta a chicas que participan en el Programa de Atención Psicológica a las Mujeres Menores de Edad Víctimas de Violencia de Género iniciado en 2012 por el Instituto Andaluz de la Mujer, mientras que a los chicos llega a través de la Dirección General de Justicia Juvenil y Cooperación.

En el segundo capítulo, **contextualización de la violencia de género**, la autora alude al déficit de datos sobre las menores agredidas y fallecidas debido a que hasta 2004 estos no se fragmentaron en diversos segmentos de edad, pues hasta entonces el epígrafe que las contabilizaba era el de “menores de 21 años”. En esta línea, apunta como esencial la dedicación del Instituto Nacional de Estadística (INE) a partir del año 2011 al registro específico de las denuncias, órdenes de protección y medidas cautelares, testimoniando en 2014 el aumento de la VdG en menores de 18 años con un 15,4% del total de casos. Y aunque las denuncias han crecido, resalta un dato clave: se contabilizan más víctimas que agresores denunciados. Como información más actualizada, repasa la Macroencuesta de Violencia contra la Mujer (2015), que además por primera vez ha distinguido cinco tipos (psicológica de control, psicológica emocional, económica, física y sexual) y ha revelado que 1 de cada 4 chicas de entre 16 y 19 años ha sufrido “control” por parte de sus ex/parejas “alguna vez”. En esta línea, un tercio de las encuestadas por el Centro de Investigaciones Sociológicas (2015) mostraron la dificultad de relacionar la VdG con esos mecanismos de control, invisibilizados, como resalta la autora, “en nombre del amor”.

La revisión académica tanto de la conceptualización de la VdG como de todos los elementos que rodean al germen de la misma (mitos, modelos de masculinidad, procesos de atracción, la construcción social del amor...) se incluye en el tercer capítulo, el **marco teórico**. La autora recuerda el asesinato de Ana Orantes en 1997 como el detonante de una mayor conciencia social sobre un problema históricamente considerado en nuestro país familiar y, por tanto, privado. El capítulo repasa los hitos investigativos conseguidos desde la Ley Orgánica de 2004 en torno a la distinción de los rasgos propios de la VdG, y resalta la idea del “proceso cíclico” aportado por Leonore Walker en 1979, de hecho Ruiz Repullo lo utilizará para entender los grados de violencia que experimentan y aceptan las menores. El capítulo desgrana también las conductas e indicadores de los tres vértices principales de la VdG (psicológica, física y sexual), y dedica varios apartados a la construcción de mitos y “neomitos” (Miguel Lorente) alrededor de la propia VdG, pero también sobre la víctima y el agresor, todos encaminados a minimizar este problema social. La socialización de género, crucial en la franja de edades que interesa a la investigadora, es revisada en otro de los apartados por el matiz diferenciador que “esencializa lo que significa ser hombre o mujer”, según la autora, quien al mismo tiempo resalta el papel de los agentes socializadores (familia, escuela, medios de comunicación e ‘iguales’) como transmisores de un currículum manifiesto y oculto (normas y valores) que alecciona en una visión vital androcéntrica y sexista. Los tentáculos del modelo hegemónico de masculinidad llegan, como explica Ruiz Repullo, incluso a la forma de vivir el deseo y la atracción algo que, combinado con la resistencia a la alternativa igualitaria, dificulta que los y las adolescentes logren abstraerse a tales referentes en su vida cotidiana. Finalmente, la autora dedica los dos últimos apartados del capítulo por un lado, a la importante pervivencia de los mitos del amor romántico (contabiliza 21 como más significativos) y de que la construcción social del amor siga, en pleno siglo XXI, tan imbuida de valores decimonónicos; y por otro lado, al nuevo escenario para el control de la pareja propiciado por las redes sociales.

El **marco metodológico** de la investigación cualitativa se halla detallado en el capítulo cuarto. El objetivo es tanto detectar causas y mecanismos específicos de la VdG en este segmento poblacional como proponer herramientas de prevención. La autora se decanta por entrevistas en profundidad con guión diferenciado por sexos y de aproximadamente una hora de duración, que fueron realizadas entre junio de 2014 y febrero de 2015. Ellas fueron entrevistadas en ocho centros provinciales del Instituto Andaluz de la Mujer y formaban parte del Programa de Atención Psicológica a las Mujeres Menores de Edad Víctimas de Violencia de Género; de las 22 participantes, solo 13 habían denunciado a sus ex/parejas. Ellos fueron reclutados a través de grupos de Convivencia Educativa y de Servicio Integrales de Medio Abierto; de los 8 participantes, 6 están condenados por violencia familiar y 2 por VdG. El grupo femenino contó con cuatro criterios de segmentación: edad (14-19 años), entorno (rural/urbano), existencia de denuncia (sí/no) y duración de la pareja (desde 6 meses o menos a más de 2 años). En el grupo masculino: edad (14-18 años), entorno (rural/urbano), tipo de violencia ejercida (filio-parental/VdG), y tipo de régimen (convivencia educativa/servicios integrales).

Las 22 entrevistas a víctimas de VdG son la demostración empírica de las concepciones y valores románticos que Ruiz Repullo revisa teóricamente. Las menores verbalizan denominadores comunes sobre las relaciones de pareja, los contextos vivenciales de la violencia, el perfil de chicos que les atraen, o los impedimentos para decidirse a denunciar. Son los **resultados de las chicas** que contiene el capítulo quinto. Sus testimonios permiten a Ruiz Repullo cimentar la “escalera cíclica” de la VdG que expondrá en sus conclusiones finales. Una escalera cuyos primeros escalones, los inicios de la relación tóxica, están definidos por las primeras manifestaciones del control de los chicos con respecto a las chicas (amistades, ropa, redes sociales) justificados en aras del amor y la confianza (siempre de ella hacia él) y que se producen de forma directa (órdenes explícitas) o indirecta (enfados). Aceptar el aislamiento de amistades, familia y aficiones supone subir el segundo escalón y, a partir de ahí, se sucede la victimización constante del chico con respecto a las acciones de la chica, manifestada en desvalorizaciones, humillaciones e insultos que ella sufre tanto en público como en privado, aproximándose así a los estadios más severos de la violencia, es decir, la de carácter físico y/o sexual. En este nivel se completa la escalada violenta, pero la pesadilla de las víctimas continúa con el proceso de la ruptura, momento al que llegan inmersas en el miedo, con personalidades anuladas, y en varios casos con amenaza de suicidio por parte de sus parejas, lo que provoca que el distanciamiento no sea fácil, de ahí que casi la mitad de las encuestadas no hayan denunciado a sus agresores; de hecho, la presión familiar es el detonante mayoritario en el grupo de denunciantes. Una vez iniciado el trámite, la investigadora comprueba que la experiencia es traumática para las menores, quienes critican sentirse doblemente víctimas por las características del proceso (reiteración del relato...) y porque, en ocasiones, perciben que los jueces cuestionan la veracidad de lo que han vivido. Este quinto capítulo finaliza con apartados dedicados a los encuestados, las familias de las parejas, y el papel de amistades y centros educativos a la hora de detectar e intervenir en estos casos de VdG. En cuanto a los que han ejercido la violencia, aunque valida la reflexión de Miguel Lorente (“ningún chico nace siendo un agresor, la violencia se aprende y debe ser desaprendida”), la autora advierte de ciertos rasgos comunes en los relatos de las chicas y en la autodefinición de los encuestados, como la normalización de actitudes machistas, el interés por las conductas de riesgo (drogas, juego ilegal) y la satisfacción de sentirse el líder del grupo; sus familias también presentan denominadores comunes, como haberles educado de forma permisiva, con valores machistas, y en hogares sin corresponsabilidad doméstica, lo que lleva en algún caso a agredir a sus madres. La figura materna de las víctimas también soporta la carga de las relaciones

tóxicas de sus hijas (“lo pagan con ellas”). Y mientras que las amistades aparecen en la mayoría de testimonios como alertadoras de la necesidad de romper con las parejas agresoras, los institutos y el profesorado se dividen entre los que (solo) apoyan a las víctimas, los que intervienen y los que incluso niegan la situación de maltrato. Como ejemplo del trabajo esencial a desarrollar en labores de prevención y detección, la autora explica el funcionamiento del Programa de Atención Psicológica de Menores Víctimas de Violencia de Género en Andalucía, donde además de brindarles apoyo y terapia, las adolescentes aprenden a desaprender la influencia del entramado cultural-mediático que las ha acechado en cuanto a modelos hegemónicos de amor y masculinidad.

A continuación, el análisis se centra en los **resultados de los chicos**. En el capítulo seis, la investigadora describe cómo se encuentra la materialización de la masculinidad más insana y violenta. Si bien los seis encuestados no se reconocen en la definición de “chulos” o líderes, propagada por el modelo hegemónico, sus testimonios sí corroboran su pensamiento acerca de la superioridad sobre la mujer (creen que pueden “comprarlas” con dinero), la validación de la agresividad en familia y/o en la escuela (acoso escolar a compañeros/as), y la no identificación de estrategias de control hacia sus novias (de amistades, vestimenta y redes sociales) como violencia de género. No reconocen la gravedad de la violencia física y/o sexual y, por tanto, no se arrepienten, ceguera que en un caso afecta incluso a las valoraciones sobre los asesinatos (“algo habrán hecho”). En el terreno de las relaciones íntimas aparece un discurso sobre el valor de la virginidad que nadie podría esperar que perviviese entre los adolescentes del siglo XXI: el valor de “ser el primero”, lo que conlleva a afianzar la noción de propiedad que ejercen sobre la chica en cuestión.

El capítulo séptimo, Ruiz Repullo recopila como **reflexiones** los puntos clave de los testimonios a través de ‘La historia de Pepa y Pepe’, un relato inventado sobre una pareja de adolescentes en la que se reproducen los diez escalones de esa “escalera cíclica que las víctimas van subiendo a diferentes ritmos”. Es cíclica porque en cada peldaño se reproduce un mismo esquema: violencia-tensión-explosión-arrepentimiento. Por todo ello, la investigadora insiste en la importancia de detectar las primeras formas de violencia y de deconstruir la mitología del amor romántico aún tan presente en la sociedad actual, pues define esta como “un factor de riesgo” asociado a los relatos de víctimas y agresores, junto a la socialización desigual de género, la influencia de los medios de comunicación y los contextos familiares en los que está presente la VdG. Por último, la autora introduce una llamada de atención sobre la necesidad de que la VdG sea incluida como competencia de los juzgados de menores, contando con protocolos específicos y personal adecuadamente formado en este ámbito.

El artículo finaliza con un capítulo, el octavo, dedicado a las **recomendaciones**. En lo que concierne a la prevención, estructura el trabajo a acometer atendiendo a diversos agentes (familia, profesorado, alumnado, labor comunitaria), mientras que para la intervención (con las víctimas y los menores que hayan ejercido VdG) subraya la necesidad de que esta sea, además de terapéutica, socio-educativa y basada en metodología individual y grupal.

El interés del trabajo de Carmen Ruiz Repullo radica en que dibuja un mapa sentimental y social de las nuevas generaciones que, por el momento, no ha sido tan estudiado como el del ámbito adulto. Los testimonios de los y las adolescentes que recoge son una lección de realidad, desgraciadamente en el sentido negativo pero que es valiosísima para que tomen nota todos aquellos que velan por el bienestar de los menores, desde sus padres hasta los educadores e instituciones especializadas en su

protección. El mensaje es claro: es esencial detectar los primeros signos de la VdG entre menores e intervenir inmediatamente. La sociedad no puede seguir siendo un espectador pasivo ante una cruda realidad que afecta a las/os adultos del futuro.